



18 de julio de 1880

**«Os he destinado para que vayáis,  
para que deis fruto y vuestro fruto permanezca.»  
el espíritu de fe que hace dar este fruto**

Mis queridas hijas:

Hoy quiero llamar vuestra atención sobre algo que hemos leído esta mañana en el Santo Evangelio. Nuestro Señor dijo a sus apóstoles: *Vosotros sois mis amigos; ya no os llamaré más siervos, sino amigos*<sup>1</sup>. Estas palabras del Señor se aplican también a nosotras, hermanas mías: no somos siervas. Ciertamente, somos siervas en el sentido en que la Santísima Virgen dijo estas palabras: *Soy la esclava del Señor*<sup>2</sup>. Pero somos más que eso, porque somos las esposas de Nuestro Señor. A nosotras se dirigen estas otras palabras: *Os he destinado para que deis fruto y vuestro fruto permanezca*<sup>3</sup>. ¿Cuál es ese fruto, hermanas mías? ¿Por qué hemos sido llamadas a la Congregación? Para que demos fruto y este fruto permanezca.

Pensad en todas las Congregaciones, en todas las Órdenes religiosas. ¿Cuál es precisamente el gran fruto que dieron los primeros religiosos de estas Órdenes o Congregaciones? Hay algunos que no hicieron grandes cosas. Pero dieron fruto, el fruto del ejemplo y de la práctica de todas las virtudes religiosas. Este es el fruto por excelencia que el Señor espera de sus esposas, y que nosotras debemos dar para que permanezca.

Recordad a santa Clara. ¿Qué hizo? Fue, a pesar de todos los obstáculos, a encerrarse en un pequeño monasterio que vi en Asís. Había un pobre refectorio donde comía lo que la caridad le daba, un coro detrás de la iglesia donde rezaba el Oficio, una pobre habitación donde trabajaba en sus labores de aguja, y un dormitorio, porque ni siquiera había celdas. Allí vivía en la pobreza, enclaustrada y desconocida para el mundo, con varias monjas. Sin embargo, puede decirse que dieron fruto y que este fruto permaneció. ¿Cuál era este fruto? Es muy importante pensar en ello, para saber cuál es el fruto principal que nuestro Señor también espera de nosotras.

A veces nos inclinamos a pensar que enseñamos muy bien, que las niñas brillan, que tienen éxito, que hacemos bellos discursos: este fruto es poco. Sin embargo, volveré al tema de las niñas dentro de un momento.

El gran fruto es el fruto de una vida santa, que sirve de fundamento a una Congregación religiosa, donde todos los recuerdos de los comienzos enseñarán a las que entren después a llevar una vida santa, porque estamos *establecidas para dar fruto y para que ese fruto permanezca*.

No será demasiado hacernos esta pregunta: «¿Qué fruto estoy dando? ¿Toda mi vida es realmente abnegación, obediencia, humildad, pobreza y regularidad? ¿Son éstos los ejemplos

---

<sup>1</sup> Jn 15,15.

<sup>2</sup> Lc 1, 38.

<sup>3</sup> Jn 15, 16.

que he dado a lo largo de mi vida, en mis trabajos, durante mis enfermedades, y que dejaré detrás de mí después de mi muerte? Podremos decir: ¿para ser santa, es deseable vivir como vivió esta hermana, estar empleada como maestra o como hermana, estar enferma, morir de la misma manera?

Para hacer esto y tener la fuerza de hacerlo, llegaré al meollo de la cuestión. El fundamento especial para todos los religiosos en general y para las hermanas de la Asunción en particular, es tener un gran espíritu de fe.

Cuanto mayor sea el espíritu de fe, más fecundas seremos. Cuanto más veamos todas las cosas como Dios las ve, más seremos lo que la Congregación quiere. Cada Congregación tiene su propio espíritu. Nuestro espíritu es estar iluminadas por la luz de la fe, por la luz de la oración que debe iluminar toda nuestra vida. Nuestro espíritu es que pongamos todas las cosas que la fe proclama como grandes, muy por encima de las que la mente humana puede mirar como si fueran algo. El fruto para una religiosa de la Asunción es dejar la vida terrena, la vida de los sentidos, para manifestar un gran espíritu de fe con respecto a todas las cosas de aquí abajo.

Todas sabéis, hermanas mías, lo que es la virtud de la fe. La virtud de la fe es una virtud sobrenatural de la que Dios da el primer principio, pues se infunde en el Santo Bautismo. Nos ayuda a decir: «Creo, soy cristiano». Es una virtud que tiene a Dios por objeto, que se dirige a Dios. Lo que creemos por la fe no es lo que nuestra inteligencia considera sabio. Creemos en Dios, en la verdad divina tal como se nos revela, para conducirnos a la vida eterna, es decir, al bien supremo.

Dios nos da la luz. Pone en nuestras almas la gracia por la que creemos firmemente en esta luz divina dada a la Iglesia y traída a la tierra por su Hijo único. Es una virtud por la que recibimos todos los objetos de la fe, a causa de la veracidad divina. Esta es la virtud de la fe. Pero para que esta virtud brote, resplandezca, sea poderosa en nosotras, para que esta gracia traída por el sacramento sea mayor, debemos pedir que se aumente. El apóstol san Pedro decía: *Creo, Señor, pero aumenta mi fe*<sup>4</sup>.

Debemos decir a Dios cada día: «Creo, Señor, todo lo que enseñas; pero aumenta mi fe, hazla más grande. ¡Que la fe informe toda mi vida, y que el espíritu de fe se apodere de mí más profundamente!».

Todas las virtudes de nuestro estado deben apoyarse en el espíritu de fe. Pero cuando pedimos fe, debemos pedirla no sólo para nosotras, sino también para los demás. Debemos ser celosas. En la oración habitual debemos pedir, para los que ya tienen fe, intrepidez en la fe, gran firmeza en la fe, y debemos rogar ardientemente para que esta fe de la que tenemos el depósito sea recibida por otros, se difunda entre otros.

¡Cuántas almas bautizadas han recibido el primer germen de la fe y se han opuesto un día a esta fe divina! ¡Cuántas han creído que su razón era más sabia, no han querido los caminos y pensamientos de la fe, porque no concordaban con los pensamientos de su mente y, hay que decirlo, con todos los desórdenes de su corazón! ¡Cómo debemos orar por ellos! ¡Cuánto celo debemos tener para que la fe se conserve en nuestra patria, en los lugares donde la Iglesia está establecida, para que sobresalga, para que brille, para que se muestre más fuerte y más grande en los que se dedican a las obras de la fe, como los religiosos y las religiosas, los sacerdotes, las personas de buenas obras, y para pedir que no sea el espíritu humano, sino el espíritu de fe, el que los inspire y los dirija!

Ahora llego a las niñas. Antes os he dicho que lo importante no es que brillen y tengan éxito en los estudios. Lo grande es establecer la fe en el alma de las niñas, hacer de ellas verdaderas cristianas que, en la fe, hagan las obras que nuestro Señor vino a enseñarnos a hacer, que tengan el carácter de Jesucristo, guarden su palabra, amen a Jesucristo, a la Iglesia, la verdad, *que hagan la verdad*<sup>5</sup>, como dice el santo Evangelio.

---

<sup>4</sup> Lc 17, 5.

<sup>5</sup> Jn 3, 21.

Esta, hermanas mías, es una obra que requiere un enorme esfuerzo. La luz de la fe debe brillar en cada parte de sus mentes. Esta luz debe traspasar sus corazones. Las obras de la fe deben ser las obras de sus vidas. Deben odiar el pecado, deben distanciarse de él, deben tener ese temor soberano de él que proviene de la fe viva. Cuando sabemos a lo que nos exponemos al pecar, que implica la vida eterna, ser separados del bien soberano en este mundo y en el otro, el pecado es el mal que más tememos. Esto no significa que nadie sucumba jamás a él. Sino que, si sucumben a él, estando arraigada en ellas la fe, la angustia y el remordimiento se apoderarán de sus almas hasta que hagan el más rápido divorcio de este espantoso mal que es el pecado.

Por último, pidamos espontaneidad en la fe para nosotras y para ellas. ¡Qué gracia es esta espontaneidad! Hay pueblos que la tienen, desgraciadamente no el pueblo francés. No tiene ese ímpetu, esa primera palabra que demuestra que la fe te lleva. Los italianos lo tienen de una manera maravillosa, incluso los pecadores. No pueden oír una blasfemia o ver ultrajada una estatua de la Virgen sin que la población se levante.

Este ardor, esta vivacidad, esta espontaneidad de la fe no es algo propio de nuestro país. Sin embargo, debemos pedirlo y tratar de adquirirlo. Debemos tratar de sentir cada insulto que Dios recibe en el orden de la fe, cada insulto que se dirige al Crucifijo, a la Santísima Virgen y a los santos. Debemos pedir ese amor delicado que nos hace sentir todo lo que ataca alguna verdad, algún don celestial, alguna de las cosas que poseemos en el orden sobrenatural y divino, y que nos conducen a la vida eterna.

Hay muchas más cosas que podría deciros, pero me limitaré a esto por hoy. Sobre todo, no os olvidéis de pedir mucho una fe grande, de sopesar siempre en la balanza de la fe las valoraciones que hacéis de cada una de las cosas de vuestra vida, de vuestros trabajos, de vuestras dificultades, de vuestras repugnancias, de vuestros atractivos, para que no tengáis muy en cuenta y consideréis muy poco todo aquello que la fe no considere importante.

nm  
NM